

Gran santo, gran administrador

No es fácil elegir entre los cientos de cartas inéditas de Don Bosco que hemos recuperado en las últimas décadas las que más merecen ser presentadas y comentadas. En esta ocasión tomamos una muy sencilla, pero que en pocas líneas resume todo un proyecto de obra educativa salesiana y nos ofrece otros muchos datos de interés. Es la escrita el 7 de mayo de 1877 a una persona del Trentino, un tal Daniel Garbari, que en nombre de dos hermanos le había preguntado repetidamente cómo podría fundar en su ciudad un instituto educativo, como los que Don Bosco estaba fundando en toda Italia, Francia y Argentina.

Estimado Sr. Garbari,

Mi ausencia de Turín ha sido la causa del retraso en la respuesta a sus cartas, que he recibido regularmente. Me alegro mucho de que nuestra institución sea bien acogida en sus ciudades. Cuanto más se conozca, más gustará a los propios gobiernos; les guste o no, los hechos nos aseguran que debemos ayudar a los jóvenes peligrosos para convertirlos en buenos ciudadanos o mantenerlos en la deshonra de la cárcel.

En cuanto a la creación de un instituto similar a éste en la ciudad o ciudades de Trento, no hace falta mucho para empezar: 1° Una habitación capaz de albergar a cierto número de niños, pero con sus respectivos talleres o laboratorios en el interior.

2° Algo que pueda proporcionar un poco de pan al director y a las demás personas que le ayudan en el cuidado y la dirección. Los niños se mantienen

1° de la poca pensión mensual que algunos de ellos pueden pagar, o la pagan familiares u otras personas que los recomiendan.

2° De los escasos ingresos que les proporciona el trabajo.

3° Por las subvenciones de los municipios, el gobierno, las congregaciones caritativas y las donaciones de particulares. Así es como funcionan todas nuestras casas de artesanos, y con la ayuda de Dios hemos progresado bien. Sin embargo, hay que partir de la base de que siempre hemos estado y estaremos al margen de todo lo político.

Nuestro objetivo primordial es reunir a niños peligrosos para hacer de ellos buenos cristianos y honrados ciudadanos. Esto es lo primero que hay que dejar claro a las autoridades civiles y gubernamentales.

Como sacerdote, pues, debo estar totalmente de acuerdo con la autoridad eclesiástica; por tanto, a la hora de concretar el asunto, escribiría directamente al arzobispo de Trento, que sin duda no tendrá ninguna dificultad.

He aquí mi reflexión preliminar. A medida que la práctica continúe y se necesite más, escribiré. Por favor, dé las gracias en mi nombre a todas las personas que me muestran su amabilidad.

Quería escribir yo misma con mi fea letra, pero pasaré la pluma a mi secretario para que sea más fácil de leer.

Créame con la mayor estima y gratitud con la que tengo el honor de profesar a Vuestra Eminencia Estimada. Atentamente

Humilde servidor Sac. Giovanni Bosco Turín, 7 de mayo de 1877

Imagen positiva de la obra salesiana

En primer lugar, la carta nos informa de cómo Don Bosco, tras la aprobación pontificia de la congregación salesiana (1874), la apertura de la primera casa salesiana en Francia (1875) y la primera expedición misionera a América Latina (1875), estaba siempre ocupado visitando y apoyando sus obras ya existentes y aceptando o no las muchas que le proponían en aquellos años desde todas partes. En la época de la carta tenía el pensamiento de abrir las primeras casas de las Hijas de María Auxiliadora más allá de la de Mornese –no menos de seis en el bienio 1876-1877- y, sobre todo, estaba interesado en establecerse en Roma, donde llevaba más de diez

años intentando sin éxito tener una sede. No consiguió nada. Otro verdadero piemontés como Don Bosco, un “sacerdote del movimiento” como él, no fue bien recibido a orillas del Tíber, en la Roma capital ya llena de piemonteses no deseables, por ciertas autoridades pontificias y por cierto clero romano. Durante tres años tuvo que “conformarse” con la “periferia” romana, es decir, los Castelli Romani y Magliano Sabino.

Paradójicamente ocurrió lo contrario con las administraciones municipales y las mismas autoridades gubernamentales del Reino de Italia, donde Don Bosco contaba, si no con amigos -sus ideas estaban demasiado alejadas- al menos con grandes admiradores. Y por una razón muy simple, en la que todos los gobiernos estaban interesados: gobernar el recién nacido país Italia con ciudadanos honrados, trabajadores y respetuosos de la ley, en lugar de poblar las cárceles con “delincuentes” vagabundos, incapaces de mantenerse a sí mismos y a sus familias con un trabajo decente propio. Tres décadas más tarde, en 1900, el famoso antropólogo y criminólogo judío César Lombroso habría dado todo el crédito a Don Bosco cuando escribió: “Los institutos salesianos representan un esfuerzo colosal e ingeniosamente organizado para prevenir la delincuencia, el único de hecho realizado en Italia”. Como bien dice la carta en cuestión, la imagen de las obras salesianas en las que, sin alinearse por los distintos partidos políticos, se educaba a los muchachos para que se convirtieran en “buenos cristianos y honrados ciudadanos” era positiva, y esto incluso en el Imperio Austrohúngaro, al que pertenecían entonces Trentino y Venecia Julia.

Tipología de una casa salesiana

En la continuación de la carta, Don Bosco pasó a presentar la estructura de una casa de educación: habitaciones donde alojar a los muchachos (y dio a entender al menos cinco cosas: **patio** para jugar, **aulas** para estudiar, **refectorio** para comer, **dormitorio** para dormir, **iglesia** para rezar) y “**talleres** o **laboratorios**” donde enseñar un oficio con el que los jóvenes

podieran vivir y tener un futuro una vez salieran del instituto. En cuanto a los recursos económicos, indicaba tres activos: las pensiones mínimas mensuales que podían pagar los padres-familiares de los chicos, los pequeños ingresos de los talleres artesanales, las subvenciones de la caridad pública (gobierno, ayuntamientos) y, sobre todo, la caridad privada. Era exactamente la experiencia de Valdocco. Pero Don Bosco callaba aquí una cosa importante: la **consagración** total a la misión educativa del director y sus estrechos colaboradores, sacerdotes y laicos, que por el precio de una hogaza de pan y una cama pasaban las 24 horas del día en el trabajo, la oración, la enseñanza y la asistencia. Al menos así se hacía en los hogares salesianos de la época, muy apreciados por las autoridades civiles y religiosas, obispos en primer lugar, sin cuya aprobación evidentemente no era posible fundar un hogar “que educara evangelizando y evangelizara educando” como aquella casa salesiana.

Resultado

No sabemos si hubo un seguimiento de esta carta. El proyecto de fundación salesiana del señor Garbari ciertamente no siguió adelante. Y lo mismo ocurrió con decenas de otras propuestas de fundación. Pero está históricamente comprobado que muchos otros instructores, sacerdotes y laicos, en toda Italia se inspiraron en la experiencia de Don Bosco, fundando obras similares, inspirándose en su modelo educativo y en su sistema preventivo.

Sin embargo, Garbari tuvo que darse por satisfecho: Don Bosco había sugerido una estrategia que funcionó en Turín y en otros lugares... y además tenía en sus manos su autógrafo, que, por difícil de “descifrar”, seguía siendo el de un santo. Tanto es así que lo conservó celosamente y hoy se guarda en el Archivo Central Salesiano de Roma.

Un interesante caso judicial en Valdocco

Una carta al magistrado de la ciudad de Turín fechada el 18 de abril de 1865 abre una interesante e inédita ventanita a la vida cotidiana de Valdocco de aquella época.

Entre los jóvenes acogidos en Valdocco en la década de los 60, cuando se habían abierto casi todos los talleres para artesanos, generalmente huérfanos, había algunos enviados por la seguridad pública. Así pues, el Oratorio no sólo acogía a jóvenes buenos y animados de buen corazón, sino también a jóvenes difíciles y problemáticos con experiencias decididamente negativas a sus espaldas.

Quizá estemos acostumbrados a pensar que en Valdocco, con la presencia de Don Bosco, las cosas siempre iban bien, sobre todo en los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando la obra salesiana aún no se había extendido y Don Bosco vivía en contacto directo y constante con los chicos. Pero más tarde, con una gran masa heterogénea de jóvenes, educadores, aprendices de artesanos, jóvenes estudiantes, novicios, estudiantes de filosofía y teología, estudiantes de la escuela nocturna y trabajadores “externos”, podrían haber surgido dificultades en la gestión disciplinaria de la comunidad de Valdocco.

Un hecho bastante grave

Una carta al magistrado de la ciudad de Turín fechada el 18 de abril de 1865 abre una interesante e inédita ventanita a la vida cotidiana de Valdocco de aquella época. La reproducimos y a continuación y luego la comentamos.

Al Señor Magistrado Urbano de la ciudad de Turín

Vista la citación de intimación al clérigo Mazzarello, ayudante en el taller de encuadernación de la casa conocida como Oratorio de San Francisco de Sales; vista a sí mismo las citaciones de intimación a los jóvenes Parodi Federico, Castelli Juan y Guglielmi José, y habiendo examinado detenidamente su contenido, el sac. Bosco Juan, director de este establecimiento, en su deseo de resolver el asunto con menos molestias por parte de las autoridades de la magistratura urbana, cree poder intervenir en nombre de todos en el caso relativo al joven Boglietti Carlos, dispuesto a dar a quien sea la mayor satisfacción.

Antes de mencionar el hecho en cuestión, parece oportuno señalar que el artículo 650 del código penal parece totalmente ajeno al asunto que nos ocupa, porque si se interpretara en el sentido que desea el tribunal de la magistratura urbana, se introduciría en el régimen doméstico de las familias, y los padres y tutores ya no podrían corregir a sus hijos, ni siquiera para prevenir la insolencia y la insubordinación, [lo que] iría en grave detrimento de la moralidad pública y privada.

Además, para contener a ciertos jóvenes, en su mayoría enviados por la autoridad gubernamental, tenían la facultad de utilizar todos los medios que considerasen apropiados y, en casos extremos, de enviar al brazo de la seguridad pública, como se ha hecho en varias ocasiones.

Volviendo ahora al caso de Carlos Boglietti, debemos constatar con pesar, pero con franqueza que fue advertido paternalmente varias veces en vano, y que no sólo se mostró incorregible, sino que insultó, amenazó y maldijo a su asistente, el clérigo Mazzarello delante de sus compañeros. Ese asistente, que era de carácter muy manso y apacible, se asustó tanto por ello que desde entonces estuvo siempre enfermo sin haber podido reanudar nunca sus funciones, y aún vive enfermo.

Tras este suceso, Boglietti huyó de la casa sin decir a sus

superiores a donde se dirigía y sólo dio a conocer su huida a través de su hermana, cuando supo que quería entregarse en manos de la policía. Esto no se hizo para preservar su honor.

Mientras tanto, se solicita que se reparen los daños que el asistente ha sufrido en su honor y en su persona, al menos hasta que pueda reanudar sus ocupaciones ordinarias.

Que las costas de este pleito corran a su cargo. Que ni Boglietti Carlos ni el Sr. Caneparo Stefano su pariente y consejero ya no acudan al citado establecimiento a renovar los actos de insubordinación y escándalos ya causados en otras ocasiones.

[Sac. Gio Bosco].

¿Qué diré? En primer lugar, que la carta documento muestra cómo entre los jóvenes acogidos en Valdocco en los años sesenta, cuando por entonces se habían abierto casi todos los talleres para artesanos, generalmente huérfanos, había algunos enviados por la seguridad pública. Por tanto, el Oratorio no sólo acogió a chicos como Domingo Savio o Francisco Besucco o incluso Miguel Magone, es decir, jóvenes buenos, vivaces, pero de buen corazón, sino también a jóvenes difíciles, problemáticos y con experiencias decididamente negativas a sus espaldas.

A los jovencísimos educadores salesianos de Valdocco se les confió la ardua tarea de reeducarlos, autorizados también a recurrir a “todos aquellos medios que se considerasen oportunos”. ¿Cuáles? Sin duda el Sistema Preventivo de Don Bosco, cuya validez quedó demostrada por la experiencia de dos décadas en Valdocco. Pero cuando los hechos se ponían a prueba, “en casos extremos”, para los jóvenes más incorregibles, había que recurrir a la misma fuerza pública que los había llevado allí.

En el caso en cuestión

Don Bosco, ante una citación judicial de uno de sus jóvenes

clérigos y de algunos muchachos del Oratorio, sintió el deber de intervenir directamente ante la autoridad constituida para defender a su joven educador, salvaguardar la imagen positiva de su Oratorio y proteger su propia autoridad educativa. Con extrema claridad señaló al magistrado las posibles consecuencias negativas, para él mismo, para las familias y para la sociedad en general, de la aplicación rígida, y en su opinión injustificada, de un artículo del código penal.

Como excelente abogado, con una temeraria arenga jurídico-educativa, Don Bosco transformó así su defensa en acusación y al acusador en acusado, hasta el punto de solicitar inmediatamente una indemnización por los daños físicos y morales causados al joven asistente Mazzarello, que cayó enfermo y se vio obligado a guardar reposo.

El desenlace de la disputa

No se sabe; probablemente terminó en nada. Pero todo el asunto nos revela una serie de actitudes y comportamientos no sólo poco conocidos de Don Bosco, sino que de alguna manera siempre están vigentes. Así llegamos a saber que incluso bajo la atenta mirada de Don Bosco el Sistema Preventivo podía fallar a veces. El primer interés a salvaguardar era siempre el del joven individual, obviamente a condición de que no entrara en conflicto con el interés superior de otros compañeros. Además, también había que defender la imagen positiva de la obra salesiana en los foros judiciales apropiados. En cuyo caso, sin embargo, había que tener sabiamente en cuenta las posibles consecuencias para no encontrarse con sorpresas desagradables.

¿Dónde nació Don Bosco?

En el primer aniversario de la muerte de Don Bosco, sus Antiguos Alumnos quisieron seguir celebrando la

Fiesta del Reconocimiento, como cada año el 24 de junio, organizándola para el nuevo Rector Mayor, don Rua.

El 23 de junio de 1889, después de haber colocado una lápida en la cripta de Valsalice donde estaba enterrado Don Bosco, el día 24, celebraron a don Rua en Valdocco.

El profesor Alessandro Fabre, antiguo alumno de 1858-66, tomó la palabra y dijo entre otras cosas:

“No se sentirá defraudado al saber, excelente Don Rua, que hemos decidido añadir como apéndice la inauguración el próximo 15 de agosto de otra placa, cuyo encargo ya se ha hecho y cuyo diseño se reproduce aquí, *y que colocaremos en la casa donde nació y vivió durante muchos años nuestro querido Don Bosco*, para que el lugar donde el corazón de aquel gran hombre que más tarde llenaría Europa y el mundo con su nombre, sus virtudes y sus admirables instituciones para que permanezca señalando a los contemporáneos y la posteridad siga siendo un lugar donde primero latió para Dios y para la humanidad”.

Como puede verse, la intención de los Antiguos Alumnos era colocar una placa en la Casetta dei Becchi, considerada por todos la casa natal de Don Bosco, porque él siempre la había señalado como su hogar. Pero luego, al encontrar la Casetta en ruinas, fueron inducidos a retocar el borrador de la inscripción y colocar la placa en la cercana casa Joseph con la siguiente redacción dictada por el propio Prof. Fabre:

El 11 de agosto, pocos días antes del cumpleaños de Don Bosco, los Antiguos Alumnos fueron a los Becchi para descubrir la placa. Felice Reviglio, coadjutor de San Agustín, uno de los primeros alumnos de Don Bosco, pronunció el discurso de la ocasión. Hablando de la Casita dijo: “La misma casa cerca de aquí donde nació, que está casi completamente en ruinas...” es «un verdadero monumento de la pobreza evangélica de Don Bosco».

La “*ruina completa*” de la Casetta ya había sido mencionada en el Boletín Salesiano de marzo de 1887 (BS 1887, marzo, p. 31), y don Reviglio y la inscripción de la placa

(«una casa ahora demolida») se referían evidentemente a esta situación. La inscripción encubría lastimosamente el lamentable hecho de que la Casetta, que aún no era propiedad salesiana, parecía ahora inexorablemente perdida.

Pero Don Rua no se dio por vencido y en 1901 se ofreció a restaurarla a expensas de los Salesianos con la esperanza de obtenerla más tarde de los herederos de Antonio y José Bosco, como ocurrió en 1919 y 1926 respectivamente.

Al finalizar las obras se colocó una placa en la «Casita» con la siguiente inscripción EN ESTA HUMILDE CASITA, AHORA PIADOSAMENTE RESTAURADA, NACIÓ DON GIOVANNI BOSCO EL 16 DE AGOSTO DE 1815

Entonces también se corrigió la inscripción de la casa de José como sigue: *“Nacido aquí, en una casa ahora restaurada... etc.”*, y se sustituyó la placa.

Luego, cuando se celebró el centenario del nacimiento de Don Bosco en 1915, el Boletín publicó la foto de la Casita, precisando: “Es aquella donde nació el Venerable Juan Bosco el 16 de agosto de 1815. Fue salvada de la ruina a la que la voracidad del tiempo la había condenado, con una reparación general en el año 1901”.

En los años 70, las investigaciones de archivo llevadas a cabo por el Commendatore Secondo Caselle convencieron a los Salesianos de que Don Bosco había vivido efectivamente de 1817 a 1831 en la Casetta comprada por su padre, su casa, como él siempre había dicho, pero que había nacido en la granja Biglione, donde su padre era agricultor y vivió con su familia hasta su muerte el 11 de mayo de 1817, en la cima de la colina donde ahora se alza el Templo a San Juan Bosco.

La placa de la casa de José había sido modificada, mientras que la de la Casetta fue sustituida por la actual inscripción de mármol: ESTA ES MI CASA DON BOSCO

La opinión recientemente expresada de que los Antiguos Alumnos, en 1889, con las palabras: *“Nacido cerca de aquí en una casa ahora demolida”* no se referían a la Casita de los Becchi.

Los topónimos de los Becchi

¿Vivía la familia Bosco en Cascina Biglione cuando nació Giovanni?

Algunos han dicho que es lícito dudarlo, porque casi con toda seguridad vivían en otra casa propiedad de Biglione en "Meinito". Prueba de ello sería el Testamento de Francesco Bosco, redactado por el notario C. G. Montalenti el 8 de mayo de 1817, donde se lee: "*... en la casa del señor Biglione habitada por el testador en la región del Monastero borgata di Meinito...*". (S. CASELLE, *Cascinali e Contadini del Monferrato: i Bosco di Chieri nel secolo XVIII, Roma, LAS, 1975, p. 94*).

¿Qué se puede decir de esta opinión?

Hoy en día, "Meinito" (o "Mainito") no es más que el emplazamiento de una alquería situada al sur de Colle Don Bosco, más allá de la carretera provincial que va de Castelnuovo hacia Capriglio, pero en otros tiempos indicaba un territorio más extenso, contiguo al llamado *Sbaraneo* (o *Sbaruau*). Y *Sbaraneo* no era otra cosa que el valle situado al este del Colle.

"Monastero", pues, no sólo correspondía a la actual zona boscosa cercana a Mainito, sino que abarcaba una vasta extensión, desde Mainito hasta Barosca, hasta el punto de que la misma "Casetta" de los Becchi fue registrada en 1817 como "*región de Cavallo, Monastero*" (S. CASELLE, *o. c.*, p. 96).

Cuando aún no existían mapas con parcelas numeradas, las granjas y fincas se identificaban a partir de topónimos, derivados de apellidos de antiguas familias o de accidentes geográficos e históricos.

Servían como puntos de referencia, pero no se correspondían con el significado actual de "región" o "aldea" más que de forma muy aproximada, y eran utilizados con mucha libertad de elección por los notarios.

El mapa más antiguo de Castelnovese, conservado en

los archivos municipales y puesto amablemente a nuestra disposición, data de 1742 y se denomina "mapa napoleónico", probablemente debido a su mayor utilización durante la ocupación francesa. Un extracto de este mapa, editado en 1978 con elaboración fotográfica del texto original por los Sres. Polato y Occhiena, que compararon los documentos de archivo con los lotes numerados en el Mapa Napoleónico, da una indicación de todas las tierras propiedad de la familia Biglione desde 1773 y explotadas por la familia Bosco de 1793 a 1817. De este "Extracto" se desprende que la familia Biglione no poseía tierras ni casas en Mainito. Por otra parte, no se ha encontrado hasta ahora ningún otro documento que demuestre lo contrario.

Entonces, ¿qué significado pueden tener las palabras "*en la casa del Sr. Biglione... en la región de Monastero de la aldea de Meinito*"?

En primer lugar, es bueno saber que sólo nueve días después, el mismo notario que redactó el testamento de Francesco Bosco, escribió en el inventario de su herencia: "... en la casa del señor Giacinto Biglione habitada por los pupilos innominados [hijos de Francesco] en *la región de Meinito...*". (S. CASELLE, o. c., p. 96), promoviendo así en pocos días a Mainito de "distrito" a "región". Y luego es curioso constatar que incluso la Cascina Biglione propiamente dicha, en distintos documentos, aparece en *Sbaconatto*, en *Sbaraneo o Monastero*, en *Castellero*, etcétera, etcétera.

Entonces, ¿cómo lo situamos? Teniendo todo en cuenta, no es difícil darse cuenta de que se trata siempre de la misma zona, *el Monastero*, que en su centro tenía Sbaconatto y Castellero, al este el Sbaraneo, y al sur el Mainito. El notario Montalenti eligió "Meinito" como otros eligieron "Sbaraneo" o "Sbaconatto" o "Castellero". Pero el lugar y la casa eran siempre los mismos.

Por otra parte, sabemos que los señores Damevino, propietarios de Cascina Biglione de 1845 a 1929, poseían

también otras fincas, en Scajota y Barosca; pero, como aseguran los ancianos del lugar, nunca tuvieron casas en Mainito. Sin embargo, habían comprado las propiedades que la familia Biglione había vendido al Sr. Giuseppe Chiardi en 1818.

Sólo nos queda concluir que el documento redactado por el notario Montalenti el 8 de mayo de 1817, aunque no contenga errores, se refiere a la Cascina Biglione propiamente dicha, donde Don Bosco nació el 16 de agosto de 1815, murió su padre el 11 de mayo de 1817 y se construyó en nuestros días el grandioso Templo a San Juan Bosco.

La existencia, por último, de una ficticia casa de Biglione habitada por la familia Bosco en Mainito y luego demolida no se sabe cuándo ni por quién ni por qué antes de 1889, como algunos han especulado, no tiene (al menos hasta ahora) ninguna prueba real a su favor. Los propios Antiguos Alumnos cuando colocaron en la lápida de Becchi las palabras "*Nacido aquí en...*" (véase nuestro artículo de enero) no podían referirse ciertamente a Mainito, ique está a más de un kilómetro de la casa de José!

Granjas, colono y arrendatarios

Francisco Bosco, agricultor de la Cascina Biglione, deseoso de establecerse por su cuenta, compró tierras y la casa de los Becchi, pero la muerte le sorprendió el 11 de mayo de 1817, antes de que hubiera podido pagar todas sus deudas. En noviembre, su viuda, Margherita Occhiena, se instaló con sus hijos y su suegra en la "Casetta", reformada a tal efecto. Hasta entonces, esa Casetta, ya contratada por su marido desde 1815 pero aún no pagada, consistía únicamente en "*una crotta y un establo adyacente, cubiertos de tejas, en mal estado*" (S. CASELLE, *Cascinali e contadini [...]*, p. 96-97), y por tanto inhabitables para una familia de cinco miembros, con animales y aperos. En febrero de 1817 se había redactado el acta notarial de venta, pero la deuda seguía pendiente. Margarita tuvo que resolver la situación como tutora de

Antonio, José y Juan Bosco, por entonces pequeños propietarios en los Becchi.

No era la primera vez que la familia Bosco pasaba de la condición de capataces a la de pequeños propietarios y viceversa. El difunto comendador Secondo Caselle nos ha proporcionado abundante documentación al respecto.

El tatarabuelo de Don Bosco, Giovanni Pietro, antes agricultor en la granja Croce di Pane, entre Chieri y Andezeno, propiedad de los Padres Barnabitas, en 1724 se convirtió en agricultor en la Cascina di San Silvestro, cerca de Chieri, perteneciente a la Prevostura di San Giorgio. Y que vivió en la Cascina di San Silvestro con su familia consta en los "Registros de la Sal" de 1724. Su sobrino, Filippo Antonio, huérfano de padre y acogido por el hijo mayor de Giovanni Pietro, Giovanni Francesco Bosco, fue adoptado por un tío abuelo, del que heredó una casa, un jardín y 2 hectáreas de terreno en Castelnuovo. Pero, debido a la crítica situación económica en que se encontraba, tuvo que vender la casa y la mayor parte de sus tierras y trasladarse con su familia a la aldea de Morialdo, como massaro de *Cascina Biglione*, donde murió en 1802.

Paolo, su primogénito, se convirtió así en cabeza de familia y el *capataz*, según consta en el censo de 1804. Sin embargo, unos años más tarde, dejó la granja a su hermanastro Francesco y se fue a vivir a Castelnuovo, después de recibir su parte de la herencia y de comprar y vender. Fue entonces cuando Francesco Bosco, hijo de Filippo Antonio y Margarita Zucca, se convirtió en *capataz de Cascina Biglione*.

¿Qué se entendía entonces por "granja", "capataz" y "arrendatario"?

La palabra "cascina" (en piamontés: *cassin-a*) indica en sí misma una casa de labranza o el conjunto de una explotación agrícola; pero en los lugares de los que estamos hablando, se hacía hincapié en la casa, es decir, en el edificio de la explotación agrícola utilizado en parte como

vivienda y en parte como casa rústica para el ganado, etc. El “*massaro*” –colono- (en piamontés: *massé*) es en sí mismo el arrendatario de la alquería y de las granjas, mientras que el “*mezzadro*” (en piamontés: *masoé*) es sólo el cultivador de las tierras de un señor con el que comparte las cosechas. Pero en la práctica, en aquellos lugares el *massaro* era también arrendatario y viceversa, por lo que la palabra *massé* no se utilizaba mucho, mientras que *masoé* indicaba generalmente también al *massaro*.

El Sr. y la Sra. Damevino, propietarios de Cascina “Bion” o Biglione al Castellero de 1845 a 1929, poseían también otras explotaciones agrícolas, en Scajota y Barosca, y, según nos aseguró el Sr. Angelo Agagliate, tenían cinco *massari* o aparceros, uno en Cascina Biglione, dos en Scajota y dos en Barosca. Naturalmente, los distintos *massari* vivían en su propia granja.

Ahora bien, si un campesino vivía, por ejemplo, en Cascina Scajota, propiedad de la familia Damevino, no se le llamaba “habitante en la casa Damevino”, sino simplemente “alla Scajota”. Si Francisco Bosco hubiera vivido en la supuesta casa Biglione de Mainito, no se habría dicho, por tanto, que vivía “en la casa del señor Biglione”, aunque esta casa hubiera pertenecido a la familia Biglione. Si el notario escribió: “En la casa del señor Biglione habitada por el testador de abajo”, era señal de que Francesco vivía con su familia en Cascina Biglione propiamente dicha.

Y esto es una confirmación más de los artículos anteriores que refutan la hipótesis del nacimiento de Don Bosco en Mainito “*en una casa ahora demolida*”.

En conclusión, no se puede dar importancia exclusiva al significado literal de ciertas expresiones, sino que hay que examinar su verdadero significado en el uso local de la época. En este tipo de estudios, la labor del investigador local es complementaria a la del historiador académico, y especialmente importante, porque el primero, ayudado por un conocimiento detallado de la zona, puede proporcionar al segundo el material necesario para sus

conclusiones generales, y evitar interpretaciones erróneas.

Cómo encontrar los recursos para construir una iglesia

Un secreto para localizar

Es bien sabido que la fama de Don Bosco y su capacidad de realización se extendieron por toda Italia. Como tuvo éxito en tantas empresas, muchas personas le pidieron consejo sobre cómo hacer lo mismo.

¿Cómo encontrar los fondos para construir una iglesia? La señora Marianna Moschetti de Castagneto di Pisa (hoy Castagneto Carducci-Livorno) se lo pidió expresamente en 1877. La respuesta de Don Bosco del 11 de abril, por su brevedad y sencillez, es admirable.

Punto de partida: conocer la situación

Con la sabiduría práctica que le venía de su educación familiar y de su experiencia como fundador-constructor-realizador de tantos proyectos, Don Bosco se remanga y escribe inteligentemente que “sería necesario poder hablar entre nosotros para examinar qué proyectos se pueden realizar y qué probabilidad hay de poder llevarlos a cabo”. Sin un sano realismo, los mejores proyectos siguen siendo un sueño. El santo, sin embargo, no quiere desanimar enseguida a su corresponsal, por lo que añade inmediatamente “lo que me parece bien en el Señor”.

En nombre del Señor

Se podría decir que empieza bien con esto “en el Señor”. De hecho, el primer consejo que da a la señora, y por tanto el más importante, es “rezar e invitar a otros a rezar y recibir

con frecuencia la Comunión eucarística, como medio más eficaz de merecer sus gracias". La Iglesia es la casa del Señor, que no dejará de bendecir un proyecto eclesial si es impulsado por quienes confían en Él, por quienes le rezan, por quienes viven la vida cristiana y hacen uso de los medios indispensables. Una vida de gracia merece ciertamente las gracias del Señor (Don Bosco está convencido de ello), aunque todo sea gracia: "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan en ella los albañiles".

La colaboración de todos

La Iglesia es la casa de todos; ciertamente, el párroco es el primer responsable, pero no el único. Por tanto, los laicos deben sentirse corresponsables y entre ellos los más sensibles, los más disponibles, quizá los más capaces (los que hoy podrían formar parte del consejo pastoral y económico de cada parroquia). He aquí, pues, el segundo consejo de Don Bosco: "Invita al párroco a ponerse a la cabeza de dos comités lo más numerosos posible. Uno de hombres, el otro de mujeres. Cada miembro de esta comisión suscribirá una oblación dividida en tres plazos, uno por cada año".

Notamos: dos comités, uno masculino y otro femenino. Por supuesto, en aquella época las asociaciones masculinas y femeninas de una parroquia estaban normalmente separadas; pero ¿por qué no ver también en ellas una "competencia" leal y justa en hacer el bien, en gestionar un proyecto con sus propias fuerzas, cada grupo "a su manera", con sus propias estrategias? Don Bosco sabía lo mucho que él mismo estaba en deuda económica con el mundo femenino, con las marquesas, las condesas, las mujeres de la nobleza en general: normalmente más religiosas que sus maridos, más generosas en obras de caridad, más dispuestas a "ayudar en las necesidades de la Iglesia". Apostar por ellas era sabiduría.

Ampliar el círculo

De hecho, Don Bosco añadió inmediatamente: "Al mismo tiempo, cada uno debe buscar donantes en dinero, en trabajo o en

materiales. Por ejemplo, invitar a quien hiciera hacer un altar, el púlpito, los candelabros, una campana, los marcos de las ventanas, la puerta mayor, las puertas menores, los cristales, etc... Pero sólo una cosa a cada uno". Hermoso. Cada uno debía comprometerse con algo que pudiera considerar, con razón, su regalo personal a la iglesia en construcción.

Don Bosco no había estudiado psicología, pero sabía -como saben todos los párrocos, y no sólo ellos- que haciendo cosquillas al legítimo orgullo de la gente también se puede conseguir mucho en términos de generosidad, solidaridad, altruismo. Además, durante toda su vida había necesitado a los demás: para estudiar de niño, para ir a las escuelas de Chieri de joven, para entrar en el seminario como clérigo, para comenzar su labor como sacerdote, para desarrollarla como fundador.

Un secreto

Don Bosco se hace entonces el misterioso con su corresponsal: "Si pudiera hablar con el párroco, podría sugerirle en confianza otro medio; pero lamento confiárselo en papel". ¿De qué se trataba? Es difícil saberlo. Se podría pensar en la promesa de indulgencias especiales para tales benefactores, pero habría sido necesario ir a Roma y Don Bosco sabía hasta qué punto esto podía causar dificultades con el obispo y otros párrocos también implicados en las mismas frentes de obra. Quizá fuera más probable una invitación confidencial a buscar el apoyo de las autoridades políticas para que apoyaran la causa. La sugerencia, sin embargo, habría sido mejor hacerla oralmente, para no comprometerse ante las autoridades civiles o religiosas, en un momento de feroz oposición entre ellas, con la izquierda histórica en el poder, más anticlerical que la derecha anterior.

¿Qué más podía decir? Una cosa que era importante para ambos: la oración. Y así se despide de su corresponsal: "Rezaré para que todo vaya bien. Mi único apoyo ha sido siempre recurrir a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Que Dios la bendiga y rece por mí, que siempre estaré contigo en G.C.

[Jesucristo]”.

Don Bosco y “La Consolata”

El pilón más antiguo de la zona de Becchi parece datar de 1700. Se erigió en el fondo de la llanura, hacia el “Mainito”, donde se reunían las familias que vivían en la antigua “Scaiota”. Luego se convirtió en una granja salesiana, que ahora ha sido renovada y convertida en una casa juvenil que acoge a grupos de jóvenes peregrinos al Templo y a la Casa de Don Bosco.

Este es el pilar de la Consolata, con una estatua de la Virgen Consoladora de los Afligidos, siempre honrada con flores campestres traídas por los devotos. Juan Bosco debió de pasar muchas veces junto a ese pilar, quitándose el sombrero y murmurando un Ave María, como le había enseñado su madre.

En 1958, los Salesianos restauraron el antiguo pilar y, con un solemne oficio religioso, lo inauguraron al culto renovado de la comunidad y de la población, según consta en la Crónica de ese año conservada en los archivos del Instituto “Bernardi Semeria”.

Aquella estatua de la Consolata pudo ser, por tanto, la primera imagen de María Santísima que Don Bosco veneró en su infancia en su casa.

En la “Consolata” de Turín

Ya como estudiante y seminarista en Chieri, Don Bosco debió de ir a Turín para venerar a la Virgen Consoladora (MB I, 267-68). Pero es seguro que, como nuevo sacerdote, celebró su segunda Santa Misa precisamente en el Santuario de la Consolata “para agradecer -como escribió- a la Gran Virgen María los innumerables favores que me había obtenido de su Divino Hijo Jesús” (MO 115).

En los tiempos del Oratorio errante y sin morada fija, Don Bosco iba con sus muchachos a alguna iglesia de Turín para la Misa dominical, y la mayoría de las veces iban a la Consolata (MB II, 248; 346).

En el mes de mayo de 1846-47, para agradecer a la Virgen Consoladora el haberles dado por fin un hogar estable, llevó allí a sus jóvenes a hacer la Santa Comunión, mientras los buenos Padres Oblatos de la Virgen María, que oficiaban en el Santuario, se prestaban a confesarlos (MB II, 430).

Cuando, en el verano de 1846, Don Bosco cayó gravemente enfermo, sus muchachos no sólo mostraron su dolor con lágrimas, sino que, temiendo que los medios humanos no bastaran para su curación, se turnaban de la mañana a la noche en el Santuario de la Consolata para rogar a María Santísima que preservara a su amigo y padre enfermo.

Hubo quien incluso hizo votos infantiles y quien ayunó a pan y agua para que la Virgen les escuchara. Fueron escuchados y Don Bosco prometió a Dios que hasta su último aliento sería para ellos.

Las visitas de Don Bosco y sus muchachos a la Consolata continuaron. Invitado una vez a cantar una misa en el santuario con sus jóvenes, llegó a la hora convenida con la improvisada "Schola cantorum", llevando consigo la partitura de una «misa» que había compuesto para la ocasión.

El organista del santuario era el famoso maestro Bodoira, a quien Don Bosco invitó al órgano. Éste ni siquiera echó un vistazo a la partitura de Don Bosco, pero cuando se disponía a tocar la música, no la entendió en absoluto y, abandonando enfadado el puesto de organista, se marchó.

Don Bosco se sentó entonces al órgano y acompañó la Misa siguiendo su composición tachonada de signos que sólo él podía entender. Los jóvenes, que antes se habían perdido ante las notas del famoso organista, continuaron hasta el final sin indicación alguna y sus voces plateadas atrajeron la admiración y la simpatía de todos los fieles presentes en el oficio (MB III, 148).

Desde 1848 hasta 1854, Don Bosco acompañó a sus

muchachos en procesión por las calles de Turín hasta la Consolata. Sus jóvenes cantaban alabanzas a la Virgen a lo largo del camino y luego participaban en la Santa Misa que él celebraba.

Cuando murió Mamá Margarita, el 25 de noviembre de 1856, Don Bosco fue aquella mañana a celebrar la Santa Misa de sufragio en la capilla subterránea del Santuario de la Consolata, deteniéndose a rezar largamente ante la imagen de María la Consoladora, rogándole que fuera madre para él y sus hijos. Y María cumplió sus plegarias (MB V, 566).

En el Santuario de la Consolata, Don Bosco no sólo tuvo ocasión de celebrar varias veces la Santa Misa, sino que un día también quiso servirla. Al entrar en el santuario para hacer una visita, oyó la señal de comienzo de la Misa y se dio cuenta de que faltaba el ministrante. Se levantó, fue a la sacristía, cogió el misal y sirvió la Misa con devoción (MB VII, 86).

Y la asistencia de Don Bosco al Santuario nunca cesó, especialmente con ocasión de la Novena y de la Fiesta de la Consolata.

Estatuilla de la Consolata en la Capilla Pinardi

El 2 de septiembre de 1847 Don Bosco compró por el precio de 27 liras una estatuilla de María Consoladora colocándola en la Capilla Pinardi.

En 1856, cuando la Capilla estaba siendo demolida, don Francisco Giacomelli, compañero de seminario y gran amigo de Don Bosco, deseando conservar para sí lo que él llamaba el monumento más distinguido de la fundación del Oratorio, se llevó la estatuilla a Avigliana, a su casa paterna.

En 1882, su hermana hizo construir en la casa un pilar con un nicho y colocó allí la preciosa reliquia.

Cuando los Salesianos supieron, tras la extinción de la familia Giacomelli, de la existencia del pilar en Avigliana, consiguieron recuperar la antigua estatuilla, que el 12 de abril de 1929 volvió al Oratorio de Turín después de 73 años desde el día en que Don Giacomelli la había retirado

de la primera capilla (E. GIRAUDI, L'Oratorio di Don Bosco, Turín, SEI, 1935, p. 89-90).

Hoy la histórica estatuilla sigue siendo el único recuerdo del pasado en la nueva capilla Pinardi, constituyendo su tesoro más querido ypreciado.

Don Bosco, que difundió por todo el mundo el culto a María Auxiliadora, nunca olvidó su primera devoción a la Virgen, venerada desde su infancia en el pilar de Becchi, bajo la efigie de la "Consolata". Cuando llegó a Turín como joven sacerdote diocesano, durante el período heroico de su "Oratorio", recibió de la Virgen Consoladora en su Santuario luz y consejo, valor y consuelo para la misión que el Señor le había confiado.

Por eso también es considerado con pleno título uno de los santos de Turineses.

Edmond Obrecht. He comido con un santo

En la biografía de un famoso abad, la emoción de encontrarse con Don Bosco.

Hoy en día es bastante fácil conocer a un santo de altar, me ha sucedido varias veces. He conocido a varios: al cardenal de Milán Ildefonso Schuster (que me confirmó) y a los papas Juan XXIII y Pablo VI; mantuve una conversación con Madre Teresa, incluso almorcé con el papa Juan Pablo II. Pero hace un siglo no era tan fácil, para uno estar cerca personalmente de un santo de altar era una experiencia que quedaba grabada en la mente y el corazón del afortunado. Tal fue el caso del abad trapense francés Dom Edmond Obrecht (1852-1935). E 1934, cuando Don Bosco fue canonizado, tres días después de la

solemne ceremonia, confió al editor del semanario católico estadounidense Louisville Record su gran satisfacción por haber conocido personalmente al nuevo santo, haberle estrechado la mano, incluso haber almorzado con él. ¿Qué había sucedido? El episodio se relata en su biografía.

Cuatro horas con Don Bosco

Nacido en Alsacia en 1852, Edmond Obrecht se había hecho monje trapense a los 23 años. Recién ordenado sacerdote en 1879, el padre Edmond fue enviado a Roma como secretario del procurador general de las tres observancias trapenses, que en 1892 se unirían en una sola Orden con la casa general la Trappa delle Tre Fontane en la capital italiana.

Durante su estancia en Roma tuvo libre el domingo y lo aprovechó para ir a celebrar con sus hermanos cistercienses en la basílica de Santa Cruz en Jerusalén. El celebrante titular era el vicario de Roma, el cardenal Lucido Maria Parocchi, por lo que el padre Edmond tuvo la oportunidad de servirle varias veces en solemnes oficios pontificios y conocerlo de cerca.

Ahora bien, el 14 de mayo de 1887 estaba prevista la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma, junto a la actual estación de Termini: una magnífica iglesia que le había costado a Don Bosco una fortuna y por la que se había entregado “en cuerpo y alma” para conseguir terminarla. La hizo posible a pesar de su salud, por entonces decididamente comprometida (moriría ocho meses después), quiso asistir a la solemne ceremonia de consagración.

Para esta larguísima celebración (cinco horas a puerta cerrada), el Card. Parocchi estuvo acompañado por el padre Edmond. Fue una experiencia decididamente inolvidable para él. Escribiría 50 años más tarde: “Durante aquella larga ceremonia tuve el placer y el honor de sentarme junto a Don Bosco en el presbiterio de la iglesia y después de la consagración fui admitido en la misma mesa que él y el cardenal. Fue la única vez en mi vida que entré en estrecho contacto con un santo canonizado y la profunda impresión que me causó ha perdurado en mi mente durante todos estos largos años”. El padre Edmond

había oído hablar mucho de Don Bosco que, en tiempos de ruptura de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con el nuevo Reino de Italia, gozaba de una fuerte estima y de acceso a los políticos del tiempo: Zanardelli, Depretis, Nicotera. Los periódicos habían hablado de sus intervenciones para zanjar algunas cuestiones graves relativas al nombramiento de nuevos obispos y a la toma de posesión de los bienes de algunas diócesis.

Dom Edmond no se contentó con aquella experiencia inolvidable. Más tarde, en un viaje, pasó por Turín y quiso detenerse a visitar la gran obra salesiana de Don Bosco. Quedó admirado y no pudo sino alegrarse el día de su beatificación (2 de junio de 1929).

Post Scriptum

La víspera de la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón, el 13 de mayo de 1887, el Papa León XIII había concedido a Don Bosco una audiencia de una hora en el Vaticano. Había sido muy cordial con él e incluso había bromeado diciendo que Don Bosco, dada su edad, estaba cerca de la muerte (¡pero era más joven que el papa!), pero Don Bosco tenía un pensamiento que quizás no se atrevía a expresar al papa en persona. Lo hizo unos días más tarde, el 17 de mayo, a su salida de Roma: le preguntó si podía pagar todo o parte el gasto de la fachada de la iglesia: una bonita suma, 51.000 liras [230.000 euros]. ¿Valentía o descaró? ¿Confianza extrema o simple descaró? El hecho es que unos meses más tarde, el 6 de noviembre, Don Bosco volvió a la carga y solicitó la intervención de Monseñor Francesco della Volpe, prelado doméstico del Papa, para obtener -escribió- “la suma de 51.000 francos, que la caridad del Santo Padre le hizo esperar pagar él mismo... nuestro Ecónomo va a Roma para liquidar los gastos de esta construcción; se dirigirá al E. V. para obtener la mejor respuesta posible”. Garantizó que “Nuestros huérfanos, más de trescientos mil rezan cada día por Su Santidad”. Y concluyó: “Por favor, perdone este pobre y feo escrito mío. Ya no puedo escribir”.

Pobre Don Bosco: en mayo, en aquella iglesia, celebrando ante el altar de María Auxiliadora, había llorado varias veces porque vio realizado el sueño de nueve años; pero seis meses después su corazón seguía angustiado porque ante la muerte que sentía cercana dejó una pesada deuda para cerrar las cuentas de esa misma iglesia. Por esos gastos realmente pasó varios años, “hasta su último aliento”. Lo saben muy pocas de las decenas de miles de personas que pasan por delante de ella cada día al salir de la estación de Termini por Via Marsala.

Don Bosco y la lengua italiana

El Piamonte a principios del siglo XIX era todavía una zona periférica en comparación con el resto de Italia. La lengua hablada era el piamontés. El italiano sólo se utilizaba en casos especiales, como llevar un vestido en ocasiones especiales. Las clases altas utilizaban más bien el francés en la escritura y recurrían al dialecto en la conversación.

En 1822, el rey Carlos Félix aprobó un reglamento para las escuelas con disposiciones especiales para la enseñanza de la lengua italiana. Sin embargo, estas disposiciones no fueron muy eficaces, sobre todo por el método con que se aplicaron.

No es de extrañar, por tanto, que el uso correcto de la lengua italiana también le costara no pocos esfuerzos a Don Bosco. No en vano, en el manuscrito de sus Memorias es fácil encontrar palabras piamontesas italianizadas o palabras italianas utilizadas en sentido dialectal, como en los siguientes casos:

“Noté que [...] aparecía un sfrosadore» (ASC 132 / 58A7), donde sfrosadore (piamontés: sfrosador) significa

defraudador, e igualmente: "Don Bosco con sus hijos podría en cualquier momento excitar una revolución" (ASC 132 / 58E4), donde figli (piamontés: fieuj) significa jóvenes. Y así sucesivamente.

Si Don Bosco pudo entonces escribir con propiedad de lenguaje, combinada con sencillez y claridad, se debe, entre otras cosas, al paciente uso del vocabulario que le aconsejaba Silvio Pellico (MB III, 314-315).

Una corrección

Un ejemplo significativo lo encontramos en la corrección de una frase del primer sueño que describe en sus *Memorias*: "*Hazte sano, fuerte y robusto*".

Don Bosco, revisando el manuscrito, trazó una línea sobre la palabra "sano" y escribió en su lugar: "humilde" (ASC 132 / 57A7).

¿Qué oyó realmente Don Bosco en su sueño y por qué cambió entonces esa palabra? Se ha hablado de un cambio de significado hecho con fines didácticos, como parece haber sido costumbre de Don Bosco a veces al narrar y escribir sus sueños. Pero, ¿no podría tratarse más bien de una simple aclaración del significado original?

A los 9 años Juancito Bosco sólo hablaba y oía en piamontés. Acababa de empezar a estudiar "los elementos de la lectura y la escritura" en la escuela de Don Lacqua, en Capriglio. En casa y en el pueblo sólo se hablaba en dialecto. En la iglesia, Juancito oía al párroco o al capellán leer el Evangelio en latín y explicarlo en piamontés.

Por tanto, es más que razonable suponer que en sueños Juancito oyera tanto al "Venerable Hombre" como a la "Mujer de majestuoso aspecto" expresarse en dialecto. Las palabras que oyó en el sueño deben entonces ser recordadas en dialecto. No: "humilde, fuerte, robusto", sino: "*san, fòrt e robusto*" en el característico acento local.

En tales circunstancias, estos adjetivos no podían tener un significado puramente literal, sino figurado. Ahora bien, "*san*", en sentido figurado, significa: sin maldad, recto

en su conducta moral, es decir, bueno (C. ZALLI, Dizionario Piemontese-Italiano, Carmagnola, Tip. di P. Barbié, 2 a ed, 1830, vol. II, p. 330, usado en el Dizionario Piemontese-Italiano, Carmagnola, Tip. di P. Barbié, 2 a ed, 1830, vol. II, p. 330). II, p. 330, utilizado por Don Bosco); "*fòrt e robust*" significa *valiente* (fuerte, intrépido, etc.) y que está dotado de resistencia en el sentido físico y moral (C. ZALLI, o. c., vol. I, 360; vol. II, 309).

Don Bosco no olvidaría nunca más esos tres adjetivos "*san, fòrt e robust*" y cuando escribió sus Memorias, aunque a primera vista los tradujo literalmente, pensándolo después, le pareció más oportuno precisar mejor el significado de la primera palabra. Que *san* (= bueno) para un niño de 9 años significaba *obediente, dócil, no caprichoso, no altivo*, en una palabra: *i'humilde'*!

Se trataría, pues, de una aclaración, no de un cambio de significado.

Confirmación de esta interpretación

Don Bosco, al escribir sus Memorias, subrayó con franqueza los defectos de su infancia. Dos pasajes tomados de las mismas Memorias lo confirman.

El primero se refiere al año de su primera Confesión y Comunió para la que Mamá Margarita había preparado a su Juan: Don Bosco escribió: "*Consideré y traté de practicar los consejos de mi piadosa madre; y me parece que desde aquel día ha habido alguna mejoría en mi vida, especialmente en la obediencia y sumisión a los demás, a la que antes había sentido gran repugnancia, queriendo siempre hacer mis reflexiones infantiles a los que me mandaban o me daban buenos consejos*" (ASC 132 / 60B5).

La otra se encuentra un poco más adelante, donde Don Bosco habla de las dificultades que encontró con su hermanastro Antonio para entregarse al estudio. Es un detalle divertido para nosotros, pero que delata el temperamento de Antonio y el de Juancito. Así, se cuenta que Antonio le dijo un día, al verlo en la cocina, sentado a la mesa, todo

concentrado en sus libros: *“Quiero terminar con esta gramática. He llegado a la mayoría de edad y nunca he visto estos libros”*. Y añadía Don Bosco: *“Dominado en aquel momento por la aflicción y la cólera, respondí lo que no debía. “Hablas mal -le dije-. ¿No sabes que nuestro burro es más grande que tú y que nunca fue a la escuela? ¿Quieres llegar a ser como él?”*. Ante estas palabras montó en cólera, y sólo con mis piernas, que me servían muy bien, pude escapar y librarme de una lluvia de golpes y bofetadas” (ASC 132 / 57B5).

Estos detalles permiten comprender mejor la advertencia del sueño y, al mismo tiempo, pueden explicar la razón de la “aclaración” lingüística antes mencionada.

Al interpretar, por tanto, los manuscritos de Don Bosco será útil no olvidar el problema de la lengua, porque Don Bosco hablaba y escribía correctamente en italiano, pero su lengua materna era aquella en la que pensaba.

En Roma, el 8 de mayo de 1887, en una recepción en su honor, cuando le preguntaron qué lengua le gustaba más, dijo: *“La lengua que más me gusta es la que me enseñó mi madre, porque me costó poco esfuerzo aprenderla y me resulta más fácil expresar mis ideas en ella, iy luego no la olvido tan fácilmente como otras lenguas!”* (MB XVIII, 325).

El sueño de los diez diamantes

Uno de los sueños más famosos de Don Bosco fue el llamado “Sueño de los Diez Diamantes”, realizado en septiembre de 1881. Se trata de un sueño de advertencia que nunca perderá su valor, por lo que siempre será cierta la declaración que Don

Bosco hizo a los superiores: "Los males amenazados se evitarán si predicamos sobre las virtudes y los vicios allí señalados". El P. Lemoine nos lo cuenta en sus Memorias Biográficas (XV, 182-184).

Casi como para levantar el ánimo de Don Bosco, para que el peso de tantas pequeñas y grandes contrariedades no lo aplastara, el cielo, por decirlo así, se le abajaba de vez en cuando en forma de ilustraciones sobrenaturales, que lo confirmaban en la alentadora certeza de la misión que le había sido confiada desde lo alto. En el mes de septiembre, tuvo uno de sus sueños más importantes, que, presagiando el destino de la Congregación en un futuro próximo, le reveló sus grandiosos aumentos, pero al mismo tiempo le reveló los peligros que amenazaban con destruirla si no actuaba a tiempo. Las cosas que vio y oyó le impresionaron tanto que no se contentó con expresarlas verbalmente, sino que también las puso por escrito. El original se ha perdido; sin embargo, han llegado hasta nosotros numerosas copias, todas ellas asombrosamente concordantes.

*Spiritus Sancti gratia, illuminet sensus et corda nostra.
Amén.*

Para la formación de la Pía Sociedad Salesiana.

El 10 de septiembre del año en curso (1881), día en que la Iglesia consagra al glorioso Nombre de María, los Salesianos, reunidos en S. Benigno Canavese, celebraron sus Ejercicios Espirituales.

En la noche del 10 al 11, mientras dormía, mi mente se encontró en un gran salón espléndidamente adornado. Me parecía estar paseando con los Directores de nuestras Casas, cuando apareció entre nosotros un hombre de aspecto tan majestuoso que no pudimos soportar su vista. Dirigiéndonos una mirada sin hablar, se alejó unos pasos de nosotros. Iba vestido de la siguiente manera: un rico manto cubría su persona. La parte más cercana a su cuello era como una faja que se anudaba por

delante, y una cinta colgaba sobre su pecho. En la cinta estaba escrito en letras brillantes: *Pia Salesianorum Societas anno 1881* (Sociedad Salesiana en el año 1881), y en la franja de esta cinta estaban escritas estas palabras: *Qualis esse debet* (Como debe ser). Diez diamantes de extraordinario tamaño y esplendor eran los que impedían detener la mirada, salvo con gran dolor, sobre aquel Augusto Personaje. Tres de esos diamantes estaban en su pecho, y en uno estaba escrito *Fides* (Fe), en el otro *Spes* (Esperanza), y *Charitas* (Caridad) en el del corazón. El cuarto diamante estaba en el hombro derecho, y llevaba inscrito *Labor* (Trabajo); sobre el quinto, en el hombro izquierdo, estaba escrito *Temperantia* (Templanza). Los otros cinco diamantes adornaban la parte posterior del manto, y estaban dispuestos de la siguiente manera: uno más grande y folgórico se situaba en el centro, como el centro de un cuadrilátero, y llevaba la inscripción *Obedientia* (Obediencia). En el primero de la derecha se leía *Votum Paupertatis* (Voto de pobreza). En la segunda inferior *Praemium* (Premio). En el más a la izquierda estaba escrito *Votum Castitatis* (Voto de Castidad). El esplendor de éste desprendía una luz muy especial, y al mirarlo atraía y atraía la mirada como un imán atrae el hierro. En la segunda, abajo a la izquierda, estaba escrito *Ieiunium* (Ayuno). Las cuatro dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro. Estos rayos brillantes se elevaban como llamas y llevaban escritas varias frases aquí y allá.

Sobre la Fe se elevaba la palabra: *Sumite scutum Fidei, ut adversus insidias diaboli certare possitis* (Toma el escudo de la fe, para combatir las asechanzas del demonio). Otro rayo tenía: *Fides sine operibus mortua est. Non auditores, sed factores legis regnum Dei possidebunt* (La fe sin obras está muerta. No el que oye, sino el que practica la ley poseerá el reino de Dios).

Sobre los rayos de la Esperanza: *Sperate in Domino, non in hominibus. Semper vestra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia*

(Espera en el Señor, no en los hombres. Que vuestros corazones estén siempre fijos donde están las verdaderas alegrías).

Sobre los rayos de la Caridad: *Alter alterius onera portate, si vultis adimplere legem meam. Diligite et diligemini. Sed diligite animas vestras et vestrorum. Devote divinum officium persolvatur; missa attente celebretur; Sanctum Sanctorum peramanter visitetur* (Sobrellevad los unos las cargas de los otros, si queréis cumplir mi ley. Amad y seréis amados. Amad vuestras almas y las almas de los demás. Recitad devotamente el Oficio Divino, celebrad atentamente la Santa Misa, visitad con amor el Sancta Sanctorum).

Sobre la palabra Trabajo: *Remedium concupiscentiae, arma potens contra omnes insidias diaboli* (Remedio contra la concupiscencia, arma poderosa contra todas las tentaciones del demonio).

Sobre la templanza: *Si lignum tollis, ignis extinguitur. Pactum constitue cum oculis tuis, cum gula, cum somno, ne huiusmodi inimici depraedentur animas vestras. Intemperantia et castitas non possunt simul cohabitare* (Si quitas la leña, el fuego se apaga. Haced un pacto con vuestros ojos, con vuestra garganta y con vuestro sueño, para que tales enemigos no saqueen vuestras almas. La intemperancia y la castidad no pueden coexistir).

Sobre los rayos de la Obediencia: *Totius aedificii fundamentum, et sanctitatis compendium* (Es el fundamento y coronamiento del edificio de la santidad).

Sobre los rayos de la pobreza: *Ipsorum est Regnum coelorum. Divitiae spinae. Paupertas non verbis, sed corde et opere conficitur. Ipsa coeli ianuam aperiet et introibit* (El reino de los cielos es de los pobres. Las riquezas son espinas. La pobreza no se vive con palabras, sino con amor y obras. Nos abre las puertas del Cielo).

Sobre los rayos de la Castidad: *Omnes virtutes veniunt pariter*

cum illa. Qui mundo sunt corde, Dei arcana vident, et Deum ipsum videbunt. (Todas las virtudes van de la mano con ella. Los puros de corazón ven los misterios de Dios y verán a Dios mismo).

Sobre los rayos del Premio: *Si delectat magnitudo praemiorum, non deterreat multitudo laborum. Qui mecum patitur, mecum gaudebit. Momentaneum est quod patimur in terra, aeternum est quod delectabit in coelo amicos meos* (Si te atrae la magnitud de los Premios, no te asustes por la cantidad de trabajos. El que sufre Conmigo, Conmigo gozará. Momentáneo es lo que sufrimos en la tierra, eterno es lo que hará gozar a Mis amigos del Cielo).

Sui raggi del Ayuno: *Arma potentissima adversus insidias inimici. Omnium Virtutum Custos. Omne genus daemoniorum per ipsum eiicitur* (Es el arma más poderosa contra las insidias del demonio. El guardián de todas las virtudes. Con el ayuno se expulsa a toda clase de demonios).

Una ancha cinta de color rosa servía de dobladillo en la parte inferior del manto, y sobre esta cinta estaba escrito: *Argumentum praedicationis. Mane, meridie et vespere. Colligite fragmenta virtutum et magnum sanctitatis aedificium vobis constituetis. Vae vobis qui modica spernitis, paulatim decidetis.* (Tema de predicación. Por la mañana, a mediodía y por la tarde.

Atesora las pequeñas acciones virtuosas y construirás un gran edificio de santidad.

Ay de ti, que desprecias las cosas pequeñas. Poco a poco os arruinaréis.

Hasta entonces los directores estaban de pie y arrodillados, pero todos estaban asombrados y ninguno hablaba. En ese momento Don Rua, como fuera de sí, dice: Hay que tomar notas para no olvidar. Busca un bolígrafo y no lo encuentra; rebusca en su cartera, rebusca y no tiene un lápiz. Me acordaré, dijo

don Durando. Anotaré, añadió don Fagnano, y empezó a escribir con el tallo de una rosa. Todos miraban y entendían lo que escribía. Cuando don Fagnano dejó de escribir, don Costamagna siguió dictando así: La caridad todo lo comprende, todo lo soporta, todo lo vence; prediquémosla de palabra y de obra.

Como escribió Don Fagnano, la luz desapareció y todos nos encontramos en una densa oscuridad. Silencio, dijo el P. Ghivarello, arrodillémonos, recemos, y vendrá la luz. El P. Lasagna comenzó el *Veni Creator*, luego el *De Profundis*, *Maria Auxilium Christianorum*, a los que todos respondimos. Cuando se dijo: *Ora pro nobis*, reapareció una luz, rodeando un cartel que decía: *Pia Salesianorum Societas qualis esse periclitatur anno salutis 1900*. (La Pía Sociedad Salesiana qué peligro corre de convertirse en el año 1900). Un momento después la luz se hizo más clara para que pudiéramos vernos y conocernos. En medio de aquello, apareció de nuevo el Personaje de antes, pero con un aspecto melancólico similar al de quien se echa a llorar. Su pelaje se había descolorido, apolillado y deshilachado. En el lugar donde estaban fijados los diamantes, había una profunda descomposición causada por la carcoma y otros pequeños insectos.

Respicite (mira) dijo, et *intelligite* (entiende). Vi que los diez diamantes se habían convertido en otras tantas carcomas que roían rabiosamente el manto.

Por tanto, el diamante de Fides estaba subtendido por: *Somnus et accidia* (Sueño y pereza).

In *Spes: Risus et scurrilitas* (Risas y lugares comunes sucios).

A *Charitas: Negligentia in divinis perficiendis. Amant et quaerunt quae sua sunt, non quae Iesu Christi*. (Negligencia en entregarse a las cosas de Dios. Aman y buscan lo que es de su agrado, no las cosas de Jesucristo).

In *Temperantia: Gula, et quorum Deus venter est* (Garganta: su dios es el vientre).

En *Labor: Somnus, furtum, et otiositas* (Sueño, robo y ociosidad).

En lugar de la *Obedientia* no había más que una amplia y profunda falta sin escritura.

In *Castitas: Concupiscentia oculorum et superbia vitae* (Concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida).

A la pobreza le sucedió: *Lectus, habitus, potus et pecunia* (Cama, ropa, bebida y dinero).

A *Praemium: Pars nostra erunt quae sunt super terram* (Nuestra herencia serán los bienes de la tierra).

En *Ieiunium* hubo una avería, pero nada escrito.

Al ver aquello, todos nos asustamos. Don Lasagna cayó inconsciente, Don Cagliero se puso pálido como una camisa, y reclinándose en una silla gritó: ¿Es posible que las cosas estén ya en este punto? Don Lazzero y Don Guidazio se quedaron como fuera de sí, y se cogieron de las manos para no caerse. Don Francesia, el conde Cays, don Barberis y don Leveratto rezaban arrodillados con las cuentas del rosario en las manos. En ese momento se oye una voz sombría: *iQuomodo mutatus est color optimus!* (¡Cómo ha desaparecido ese espléndido color!)

Pero en la oscuridad ocurrió un fenómeno singular. En un instante nos vimos envueltos en una densa oscuridad, en medio de la cual apareció rápidamente una luz muy brillante, que tenía la forma de un cuerpo humano. No podíamos mantener la vista en él, pero pudimos ver que se trataba de un apuesto joven vestido con una túnica blanca labrada con hilos de oro y plata. Alrededor del vestido había un dobladillo de brillantes diamantes. Con un aspecto majestuoso, pero dulce y amable, avanzó hacia nosotros, y se dirigió a nosotros con estas palabras:

Servi et instrumenta Dei Omnipotentis, attendite et intelligite. Confortamini et estote robusti. Quod vidistis et audistis, est coelestis admonitio, quae nunc vobis et fratribus vestris facta est; animadvertite et intelligite sermonem. Iaculo, praevisa minus feriunt, et praeveniri possunt. Quot sunt verbo signata, tot sint argumenta praedicationis. Indesinenter praedicate opportune et importune. Sed quae praedicatis, constanter facite, adeo ut

opera vestra sint velut lux, quae sicuti tuta traditio ad fratres et filios vestros pertranseat de generatione in generationem. Attendite et intelligite. Estate oculati in tironibus acceptandis, fortes in colendis, prudentes in admittendis. Omnes probate, sed tantum quod bonum est tenete. Leves et mobiles dimittite. Attendite et intelligite. Meditatio matutina et vespertina sit indesinenter de observantia constitutionum. Si id feceritis, numquam vobis deficiet Omnipotentis auxilium. Spectaculum facti eritis mundo et Angelis, et tunc gloria vestra erit gloria Dei. Qui videbunt saeculum hoc exiens et alterum incipiens, ipsi dicent de vobis: A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris. Tunc omnes fratres vestri et filii vestri una voce cantabunt: Non nobis, Domine, non nobis; sed Nomini tuo da gloriam.

(Siervos e instrumentos de Dios Todopoderoso, escuchad y entended. Sed fuertes y animados. Lo que habéis visto y oído es una advertencia del Cielo, enviada ahora a vosotros y a vuestros hermanos; prestad atención y entended bien lo que se os dice. Los golpes previstos hacen menos daño y pueden evitarse. Que las palabras indicadas sean otros tantos temas de predicación. Predicad sin cesar, a tiempo y fuera de tiempo. Pero las cosas que prediques, hazlas siempre, para que tus obras sean como una luz, que en forma de tradición segura irradia sobre tus hermanos e hijos de generación en generación. Escucha bien y comprende. Sé prudente al aceptar a los novicios, fuerte al cultivarlos, prudente al admitirlos [a la profesión]. Pruébalos a todos, pero quédate sólo con los buenos. Despide a los ligeros de corazón e inconstantes. Escucha bien y comprende. Que la meditación matutina y vespertina sean de constante y regular observancia. Si haces esto, la ayuda del Todopoderoso nunca te fallará. Te convertirás en un espectáculo para el mundo y para los Ángeles, y entonces tu gloria será la gloria de Dios. Los que verán el fin de este siglo y el comienzo del siguiente dirán de ti: Por el Señor se ha hecho esto, y es admirable a

nuestros ojos. Entonces todos tus hermanos e hijos cantarán: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da gloria).

Estas últimas palabras fueron cantadas, y a la voz del orador se unió una multitud de otras voces tan armoniosas, tan sonoras, que permanecemos inconscientes y para no caer inconscientes nos unimos a los demás en el canto. En el momento en que terminó el canto, la luz se oscureció. Entonces me desperté y me di cuenta de que estaba amaneciendo.

Pro memoria. Este sueño duró casi toda la noche, y por la mañana me encontré agotado de fuerzas. Sin embargo, por miedo a olvidarlo, me levanté apresuradamente y tomé algunas notas, que me sirvieron de recordatorio para recordar lo que aquí he expuesto el día de la Presentación de María Santísima en el Templo.

No me fue posible recordarlo todo. Entre muchas cosas, pude constatar con seguridad que el Señor nos muestra una gran misericordia.

Nuestra Sociedad está bendecida por el Cielo, pero Él quiere que hagamos nuestro trabajo. Los males amenazados serán prevenidos, si predicamos sobre las virtudes y sobre los vicios señalados en ella; si lo que predicamos, lo practicamos, lo transmitimos a nuestros hermanos con mi tradición práctica de lo que se ha hecho y se hará.

También pude ver que hay muchas espinas, muchos trabajos inminentes, a los que seguirán grandes consuelos. Hacia 1890 gran temor, hacia 1895 gran triunfo.

Maria Auxilium Christianorum ora pro nobis (María Auxiliadora, ruega por nosotros).

El P. Rua puso inmediatamente en práctica la admonición del Personaje, de que las cosas reveladas debían ser objeto de predicación; pues dio una serie de conferencias a los Hermanos del Oratorio, en las que comentó minuciosamente las dos partes

del sueño. El tiempo al que Don Bosco se refería a la doble eventualidad de triunfos o derrotas, correspondía en la Congregación a lo que en la vida humana es el comienzo de la adolescencia, momento delicado y peligroso, del que depende la mayor parte del futuro. En el último decenio del siglo pasado, la multiplicación de casas y asociados y la extensión de la obra salesiana en tantas naciones diferentes pudieron dar lugar, sin duda, a algunas de esas desviaciones de la línea recta que, si no se detienen con prontitud, conducen cada vez más lejos del camino principal. Pero cuando Don Bosco falleció, la Providencia había encontrado en su sucesor la mente iluminada y la voluntad enérgica que se requerían para esa fase crítica. Don Rua, de quien bien podría decirse que era la viva personificación de todo lo bueno y bello representado en la primera parte del sueño, fue en efecto un escucha vigilante y un líder infatigable y con autoridad a la hora de disciplinar y guiar a las nuevas filas por el camino legítimo.

El alcance del sueño no tiene límite de tiempo. Don Bosco dio la alarma para un momento especial que seguiría a su muerte; pero el *qualis esse debet* (Como debe ser) y el *qualis esse periclitatur* (qué peligro corre) contienen **una admonición que nunca perderá nada de su valor, de modo que siempre será cierta la declaración hecha por Don Bosco a sus Superiores: “Los males amenazados se evitarán si predicamos sobre las virtudes y los vicios allí señalados”.**

Don Bosco, la política y la cuestión social

¿Don Bosco hizo política? Sí, pero no en el sentido inmediato de la palabra. Él mismo decía que su política era la del Padre

*Nuestro: salvar las almas, los jóvenes
Pobres a quienes alimentar y educar.*

Don Bosco y la política

Don Bosco vivió intensamente y con conciencia los problemas, también inéditos para él, de los grandes cambios culturales y sociales de su siglo, sobre todo en sus implicaciones políticas, y tomó una meditada opción que quiso que formara parte de su espíritu y caracterizara su misión.

Quiso conscientemente “no hacer política de partidos”, y dejó como legado espiritual a su Congregación el no hacerla, no porque fuera “apolítico”, es decir, ajeno a los grandes problemas humanos de su época y de la sociedad en la que vivía, sino porque quiso dedicarse a la reforma de la sociedad sin entrar en movimientos políticos. Por tanto, no estaba “desvinculado”; al contrario, quería que sus Salesianos estuvieran verdaderamente “comprometidos”. Pero es necesario aclarar el significado de este compromiso político.

El término “política” puede usarse en dos sentidos: en el primer sentido indica el campo de los valores y de los fines, que definen el “bien común” en una visión global de la sociedad; en el segundo sentido indica el campo de los medios y de los métodos que hay que seguir para alcanzar el “bien común”.

La primera acepción considera la política en el sentido más amplio de la palabra. A este nivel, todo el mundo tiene una responsabilidad política. La segunda acepción considera la política como una serie de iniciativas que, a través de partidos, etc., pretenden orientar el ejercicio del poder a favor del pueblo. En este segundo nivel la política está relacionada con una intervención en el gobierno del país, que va más allá del compromiso deseado por Don Bosco.

Reconoce en sí mismo y en los suyos una responsabilidad política que se relaciona con la primera acepción, en cuanto pretende ser un compromiso educativo religioso orientado a crear una cultura que informe cristianamente la política. En este segundo sentido Don Bosco hacía política, aunque la

presentara bajo otros términos, como “educación moral y civil de la juventud”.

Don Bosco y la cuestión social

Don Bosco presintió la evolución social de su tiempo. “Fue de los pocos que comprendió desde el principio, y lo dijo mil veces, que el movimiento revolucionario no era un torbellino pasajero, porque no todas las promesas hechas al pueblo eran deshonestas, y muchas respondían a las aspiraciones universales y vivas del proletariado. Por otra parte, vio cómo las riquezas empezaban a convertirse en monopolio de capitalistas despiadados, y cómo los patronos imponían al obrero aislado e indefenso pactos injustos tanto en materia de salarios como de horas de trabajo; vio cómo a menudo se impedía brutalmente la santificación de las fiestas, y cómo estas causas debían producir tristes efectos: la pérdida de la fe en los obreros, la miseria de sus familias y la adhesión a máximas subversivas. Por eso, como guía y freno de las clases trabajadoras, consideraba una fiesta necesaria que el clero se acercara a ellas” (MB IV, 80).

Dirigirse a la juventud pobre con la intención de trabajar por la salvación moral y cooperar así en la construcción cristiana de la nueva sociedad era en él precisamente el efecto y la consecuencia natural y primaria de la intuición que tenía de esta sociedad y de su futuro.

Pero no hay que buscar la fórmula técnica en las palabras de Don Bosco. Don Bosco hablaba sólo del abuso de la riqueza. Habló de ello con tal insistencia, con tal fuerza de expresión y extraordinaria originalidad de concepto, que revela no sólo la agudeza de su diagnóstico de los males del siglo, sino también la intrepidez del médico que quiere curarlos. Indicó el remedio en el uso cristiano de la riqueza, en la conciencia de su función social. Se abusa mucho de la riqueza, repetía sin cesar, hay que recordar a los ricos su deber antes de que llegue la catástrofe.

Justicia y caridad

Mencionando el trabajo realizado en Turín por el Can. Cottolengo y Don Bosco, un profesor del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Turín admite el bien hecho por estos dos santos, pero luego expresa la opinión de que “este aspecto del movimiento caritativo piemontés, a pesar de los notables resultados obtenidos, ha sido históricamente negativo” porque más que cualquier otro habría contribuido a frenar el progreso implícito en la acción de las masas populares que reivindicaban sus derechos.

En su opinión, “la actividad de estos dos santos piemonteses estaba viciada por la concepción de fondo que movía a ambos, según la cual todo se abandonaba en las manos misericordiosas de una providencia divina” (ibíd.). Habrían permanecido ajenos a los movimientos reales de las masas y a sus derechos, ligados como estaban a la imagen de una sociedad compuesta, por la fuerza de las circunstancias, de nobleza y pueblo, de ricos y proletariado, donde los ricos debían ser misericordiosos y los pobres humildes y pacientes. En resumen, San J. B. Cottolengo y San J. Bosco no se habrían dado cuenta del problema del cambio de clases.

No puedo detenerme aquí a considerar el caso de Cottolengo. Sólo señalaré que su intervención respondió a una experiencia ardiente que le llevó inmediatamente a hacer algo, como había hecho el buen samaritano del Evangelio (Lc 10, 29-37). Ay si el buen samaritano hubiera esperado el cambio de la sociedad para intervenir. ¡El hombre del camino de Jericó habría muerto! “La caridad de Cristo nos impulsa” (2 Co 5,14) debía ser el programa de acción de san José Benito Cottolengo. Cada uno tiene una misión en la vida. La acción sobre los efectos del mal no niega el reconocimiento de la necesidad de ir a las causas. Pero sigue siendo lo más urgente. Y entonces el Cottolengo pensaba no sólo en esto, sino en mucho más.

La intervención de Don Bosco en la cuestión social estaba guiada por una opción fundamental: por los pobres, por los hechos y por el diálogo con aquellos que, aunque estuvieran del otro lado, podían ser inducidos a hacer algo.

La aportación de Don Bosco

Como sacerdote educador, Don Bosco hizo una opción de campo, por la juventud pobre y abandonada, y fue más allá de la idea puramente caritativa, preparando a esa juventud para que fuera capaz de hacer valer honestamente sus derechos.

Sus primeras actividades fueron principalmente en beneficio de los dependientes pobres de las tiendas y de los obreros de los talleres. Sus intervenciones, que hoy podrían calificarse de sindicalistas, le llevaron a entablar relaciones directas con los patronos de esos jóvenes para concluir con ellos "contratos de arrendamiento de obra".

Luego, al darse cuenta de que esta ayuda no resolvía los problemas salvo en casos limitados, empezó a crear talleres de artes y oficios, pequeñas empresas en las que los productos acabados bajo la guía de un maestro artesano beneficiarían a los propios alumnos. Se trataba de organizar en la propia casa el aprendizaje, para que los jóvenes aprendices pudieran ganarse el pan sin ser explotados por sus patronos. Finalmente pasó a la idea de un maestro de artesano que no fuera el mismo patrón del taller ni un asalariado de la escuela, sino un religioso laico, maestro de artesano, que pudiera dar al joven aprendiz, desinteresadamente, a tiempo completo y por vocación, una formación profesional y cristiana completa.

Las escuelas profesionales que soñó, y que más tarde pusieron en práctica sus Sucesores, fueron una importante contribución a la solución de la cuestión obrera. No fue ni el primero ni el único en ese empeño; sin embargo, le dio su propio giro, sobre todo armonizando su institución con la naturaleza de los tiempos e impartándole su propio método educativo.

No es de extrañar, por tanto, que grandes sociólogos católicos del siglo pasado prestaran atención a Don Bosco. Mons. Charles Emil Freppel (1827-1891), obispo de Angers, hombre de gran cultura y miembro de la Cámara francesa, decía el 2 de febrero de 1884, en un discurso en el Parlamento sobre la cuestión obrera: "Vicente de Paúl solo ha hecho más por la solución de las cuestiones obreras de su tiempo que todos los escritores del siglo de Luis XIV. Y ahora mismo, en Italia, un religioso,

Don Bosco, al que visteis en París, consigue preparar mejor la solución de la cuestión obrera que todos los oradores del Parlamento italiano. Esta es la verdad indiscutible” (cf. Journal officiel de la République française... Chambre. Débats parlementaires, 3 février 1884, p. 280).

Un testimonio que no necesita comentarios....

¿Cuáles son los requisitos para entrar en la Sociedad Salesiana?

En varias partes del mundo se acerca el momento en que algunos jóvenes, atraídos por la gracia de Dios, se disponen a decir su “Fiat” en el seguimiento de Cristo, según el carisma que Dios ha instituido a través de San Juan Bosco. ¿Cuáles serían las disposiciones con las que deberían afrontar el ingreso en la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco? El propio santo lo dice en una carta dirigida a sus hijos (MB VIII, 828-830).

El día de Pentecostés Don Bosco dirigió una carta a todos los Salesianos, tratando del propósito con el que debían entrar en la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, y anunciaba que quizá dentro de poco sería aprobada definitivamente. Entre los documentos que poseemos no hay rastro de tal promesa. Sin embargo, dado que su autógrafo lleva la fecha del 24 de mayo, fiesta de María Auxiliadora de 1867, parece que la festividad le había dado la inspiración para escribir y le mostraba una visión más vívida del futuro. En cualquier caso, hizo varias copias, luego cambió él mismo la fecha y escribió de su puño y letra la dirección a don Bonetti y a mis hijos de San Francisco de Sales que viven en

Mirabello; al Padre Lemoyne y a mis hijos de San Francisco de Sales que viven en Lanzo. También estaba su firma y la inscripción: El Director lea y explique donde sea necesario.

He aquí la copia destinada a los Salesianos del Oratorio.

“A Don Rua y a los demás amados hijos de San Francisco que viven en Turín.

Nuestra Sociedad será tal vez pronto aprobada definitivamente y, por tanto, necesitaría hablar con frecuencia con mis queridos hijos. Como no siempre puedo hacerlo en persona, al menos intentaré hacerlo por carta.

Comenzaré, por tanto, diciendo unas palabras sobre el objetivo general de la Sociedad y luego pasaremos a hablar de sus observancias particulares.

El primer objetivo de nuestra Sociedad es la santificación de sus miembros. Por tanto, al entrar en ella, cada uno debe despojarse de cualquier otro pensamiento, de cualquier otra preocupación. Quien quisiera entrar en ella para gozar de una vida tranquila, para tener comodidad en la prosecución de sus estudios, para librarse de los mandatos de sus padres o para eximirse de la obediencia de algún superior, tendría un fin torcido y ya no sería aquel seguimiento del Salvador, puesto que seguiría su propia utilidad temporal, no el bien del alma. Los Apóstoles fueron alabados por el Salvador y se les prometió un reino eterno, no porque abandonaran el mundo, sino porque al abandonarlo se declararon dispuestos a seguirle en la tribulación; como en efecto hicieron, consumando sus vidas en trabajos, penitencias y aflicciones, sufriendo finalmente el martirio por la fe.

Ni siquiera con buen propósito entra o permanece en la Sociedad quien está persuadido de que es necesario para ella. Que cada uno grave bien esto en su mente y en su corazón: **empezando por el Superior General hasta el último de**

Los miembros, nadie es necesario en la Sociedad. Sólo Dios debe ser su cabeza, su maestro absolutamente necesario. Por tanto, los miembros de la Sociedad deben dirigirse a su jefe, a su verdadero maestro, al recompensador, a Dios, y por Él cada uno debe inscribirse en la Sociedad, por Él trabajar, obedecer, abandonar todo lo que se poseía en el mundo para poder decir al final de la vida al Salvador, a quien hemos elegido como modelo: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo erit nobis? (Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar? Mt. 19,29).*

Si decimos entonces que **cada uno debe entrar en la Sociedad guiado por el único deseo de servir más perfectamente a Dios y de hacer el bien a sí mismo**, se entiende de hacer a sí mismo el verdadero bien, el bien espiritual y eterno. Los que buscan una vida cómoda, una vida confortable, no entran en nuestra Sociedad con buen propósito. Tomamos como base la palabra del Salvador que dice: "El que quiera ser mi discípulo, que vaya, venda lo que tiene en el mundo, lo dé a los pobres y me siga". Pero ¿adónde ir, adónde seguirle, si no tenía ni un palmo de tierra donde apoyar su cansada cabeza? "Quien quiera ser mi discípulo", dice el Salvador, "sígueme con la oración, con la penitencia y, sobre todo, niéguese a sí mismo, tome la cruz de la tribulación diaria y sígame". *Abneget semetipsum tollat crucem suam quotidie, et sequatur me* (Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Lc. 9,23). Pero ¿hasta cuándo seguirle? Hasta la muerte y, si es necesario, incluso una muerte de cruz.

Esto es lo que hace en nuestra Sociedad quien agota sus fuerzas en el ministerio sagrado, en la enseñanza o en otro ejercicio sacerdotal, hasta una muerte violenta de prisión, de destierro, de hierro, de agua, de fuego, hasta el momento en que, después de haber sufrido y muerto con Jesucristo en la tierra, pueda ir a gozar de Él en el Cielo.

Este me parece el sentido de aquellas palabras de San Pablo que dice a todos los cristianos: *Qui vult gaudere cum Christo, oportet pati cum Christo* (El que quiera regocijarse con Cristo debe sufrir con Cristo).

Cuando un miembro entra con estas buenas disposiciones, debe mostrarse sin pretensiones y acoger cualquier oficio que se le confíe. La enseñanza, el estudio, el trabajo, la predicación, la confesión en la iglesia, fuera de ella, las ocupaciones más bajas deben ser asumidas con alegría y prontitud de ánimo, porque Dios no se fija en la calidad del empleo, sino en el propósito de quien lo cubre. Por tanto, todos los oficios son igualmente nobles, porque son igualmente meritorios a los ojos de Dios.

Mis queridos hijos, tened confianza en vuestros superiores: ellos deben rendir estricta cuenta de vuestras obras a Dios; por eso estudian vuestra capacidad, vuestras inclinaciones y disponen de ellas de manera compatible con vuestras fuerzas, pero siempre según parezca que revierten en mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

¡Oh! si nuestros hermanos entran en la Sociedad con estas disposiciones, nuestras Casas se convertirán ciertamente en un paraíso terrenal. La paz y la concordia reinarán entre los individuos de cada familia, y la caridad será el vestido cotidiano de los que mandan, la obediencia y el respeto precederán los pasos, las obras e incluso los pensamientos de los Superiores. En resumen, se tendrá una familia de hermanos en torno a su padre, para promover la gloria de Dios por encima de la tierra, para salir un día a amarle y alabarle en la inmensa gloria de los bienaventurados del Cielo. Que Dios te colme de bendiciones a ti y a tus trabajos, y que la Gracia del Señor santifique tus acciones y te ayude a perseverar en el bien.

Turín, 9 de junio de 1867, día de Pentecostés.

Aff.mo in G. C., Sac. Bosco GIOVANNI».